

sado de amor para con nosotros. ¿Y qué más opusierais para no dudar de su afecto, cuando os es notorio, que nos ama con un amor que sobrepaja todos los demás amores, de los ángeles del Cielo, y de las madres de la tierra? ¿Qué más quisierais si os consta que su Corazon, como el de Jesús, nos ama con un amor preveniente, parcial, gratuito, accesible, paciente, generosísimo y constante? No, ninguna necesidad tenemos ya de otras pruebas, para poder aplicar al Corazon de María las palabras del Salmista: *Concaluit cor, et in meditatione exardescet ignis.*

¿Lo comprendéis, hermanos míos? *In meditatione exardescet ignis.* No cabe duda: el Corazon de María, que siempre nos ama, arde por nosotros en un amor más grande, á proporcion de nuestras aflicciones y de nuestras infelicidades. Esto, sólidamente sentado, alegrémonos de tanta dicha, por lo mismo que podemos tener en Ella una ilimitada confianza. Por terribles que sean nuestras angustias, por innumerables que sean nuestras miserias, por profundo que sea el abismo en que háyamos caido ó podamos caer, no tendremos motivos de desesperar miéntras nos sea concedido dirigirnos á este Corazon lleno de amor para con nosotros. Cierto, que envueltos en frágiles cuerpos, estamos sujetos á mil males; pero refugiémonos en el Corazon de María, y nos veremos libres de ellos, ó seremos amorosamente asistidos. Cierto, que nuestra vida abunda en casos desgraciados; mas refugiémonos en el Corazon de María, y una mano piadosa enjugará las lágrimas que broten de nuestros ojos, y en medio de las aguas de la amargura derramará el bálsamo del consuelo. Cierto, que no podemos creernos inocentes y sin mancha delante de Dios; mas refugiémonos en el Corazon de María, y tendremos una Abogada cerca del tribunal de la divina justicia una Madre pronta á colocarnos en brazos de la misericordia divina. Confianza, pues, en el Corazon de María: en este Corazon hallaremos siempre un refugio, por medio de este Corazon podremos siempre alcanzar gracias y perdon; y esperando en su bondad, invocando su patrocinio, aguardando sus beneficios, nos demostrará con sus dones, que nuestras desventuras solo sirven para hacerle más solícito y propicio á favor nuestro: *Concaluit cor, et in meditatione exardescet ignis.*

CORAZON DE MARÍA.

DISCURSO II.

Santificavit tabernaculum suum Altissimus.

El Altísimo santificó su tabernáculo.
(Ps. XLV, 5.)

¿Qué idea os formais del divino Tabernáculo que Dios santificó de una manera especial, y cuya gloria se eleva sobre todos los templos que los hombres han erigido á Dios en la tierra? Sin apartarme del verdadero significado de las Sagradas Escrituras, interpretadas por los Padres y Doctores de la Iglesia, puedo decir, que el Real Profeta no quería hablar del tabernáculo material, adornado de oro y plata, que se hallaba en el fondo del magnífico Templo que el gran Salomon erigió á la gloria de Jehová; iluminado por las luces del espíritu profético, David penetraba al través de los tiempos en el Corazon de aquella bienaventurada criatura, que el Altísimo debía santificar con su presencia real, y en el que había de construir un santuario del que el de Jerusalén sería una figura muy imperfecta. En este vivo tabernáculo es donde había de arder una llama que jamás se extinguiría; de este tabernáculo había de elevarse sin cesar el incienso más puro que jamás había subido al Cielo; en él debía ofrecerse noche y dia el sacrificio de alabanza, el meritorio holocausto: allí consumirse á todas horas la víctima más agradable despues de la del Calvario; allí estar el verdadero Santo de los santos donde el Eterno expresaría sus oráculos, y donde residiría, en fin, la verdadera Arca de la alianza, realmente santificada por la presencia del Señor.

Nada, pues, más justo y razonable que tributar toda clase de honores á este santuario inefable, que es el Sagrado Corazon de María.

Y si debemos honrar el Sagrado Corazon de Jesús, asiento de todos los afectos y sentimientos del hombre-Dios, conviene tambien tributar al de María un culto de veneracion y de amor, porque, despues del de Jesucristo, es el tabernáculo más perfecto que jamás ha habitado la Divinidad. Esto es lo que voy á explicaros en este día, haciéndoos considerar el Corazon de María bajo los tres aspectos que mejor pueden dárosle á conocer: 1.º *En si y en sus perfecciones*; 2.º *en su union con Dios*; 3.º *en su amor para con nosotros*. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

Preciso es, carísimos hermanos, que el corazon del hombre, en general, sea muy superior á las demás obras salidas de las manos de Dios, pues el mismo Dios omnipotente nos atestigua, que se enamoró de este débil corazon, al que ama hasta el exceso, haciendo consistir su gloria en conquistarlo y reinar en él. Lo que nos pide en compensacion de todo lo que ha hecho por nosotros es, que le amemos con todo corazon. Se humilla hasta el tono de la súplica para decirnos: «Hijo mio, dame tu corazon.» Promete manifestarse sin celajes á los corazones puros, no poner límite alguno á sus liberalidades con los corazones rectos, derramar su misericordia en los corazones tiernos y compasivos. Si se indigna contra su pueblo es, porque el desleal Israel ha apartado de Él su corazon; si concede su perdon es al corazon contrito y humillado; si hace oír su voz á los hombres á su corazon es á quien se dirige. En suma, pues no me es posible citar aquí todas las Escrituras, Dios tiene incesantemente fijos los ojos en el corazon humano, observa sus movimientos, y en todo solo ve y estima el corazon del hombre: *Dominus autem intuetur cor.* Y si el corazon de un simple mortal, en el que Dios ha dejado caer solamente algunas gotas de sus gracias, es tan agradable á sus ojos, ¿qué sucederá con el Corazon de María, sobre el cual el Omnipotente se ha complacido en hacer correr un río de mercedes? Los demás corazones están manchados con el pecado original, y han oscurecido la escasa hermosura que les quedaba con faltas voluntarias y personales. Pero María fué concebida sin mancha, y jamás aquel corazon generoso y magnánimo consintió en la más leve falta que pudiera en él interrumpir el curso de las mercedes celestiales. El Señor vió revivir en Ella toda la pureza, toda la hermosura de la Madre del linaje humano, cuando salió inocente y esplendorosa de sus manos. ¡Oh! ¿con qué amor contemplaría á ese Corazon sagrado que ninguna mancha desfiguraba, que no marchitaba ningun gérmen de pasiones, y cuyas

inclinaciones eran todas santas, y celestiales todas sus afecciones! Esta es la criatura hecha á su imágen, en la que, como en un espejo, se reflejan sus facciones divinas. Dirige sobre Ella una mirada de complacencia, la ama de una manera especial, porque la halla poseedora de una belleza de que no está dotada criatura alguna. *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te.* Dirigiéndose despues á sus ángeles, háceles observar las excelencias de este Corazon. Mirad, les dice, esta casta paloma, que no tiene igual, la única perfecta, la única en el universo. Los celestiales habitantes de las eternas mansiones, advierten entónces y admiran la excelencia y belleza de su futura Reina; y en la sorpresa y arrobamiento que experimentan, preguntanse con apresuramiento: ¿Quién es esta admirable criatura, que reúne en si sola la perfeccion de todas las demás? Y comparan la claridad con que brilla, unas veces con la suave y benéfica luz del astro de la noche; otras con la luz de la más brillante aurora; y otras con el esplendor del sol.

Fácil me fuera haceros admirar las grandezas del Santísimo Corazon de María, hablándoos de su modo de apreciar en su justo valor los bienes de la tierra, de su fé viva, de su caridad en todos sus sufrimientos, de su valor en soportar los mayores trabajos de la vida, de su constancia heroica, de su incomparable amor á su Hijo, y de tantas otras cualidades eminentes que han hecho de Ella, no solo una heroína, sino una mujer completamente excepcional, única en el mundo. Pero estos pormenores me llevarian muy léjos. Sabemos que este Corazon es el más grande, el más noble, el más distinguido que ha salido de las manos de Dios, despues del de Jesucristo; tanto, que si merece nuestros homenajes por las perfecciones de que se halla adornado, no las merece ménos por la íntima union que tiene con Dios.

Dios había resuelto de toda eternidad salvar al mundo con los misterios de la Encarnacion y de la Redencion de su Hijo, debiendo cumplirse el de la Encarnacion por obra del Espíritu Santo. Por eso, de toda eternidad tambien, había resuelto suscitar una Virgen para que fuese Madre de su Hijo, Esposa del Espíritu Santo, y su Hija de un modo especial. María es esa criatura privilegiada á quien Dios adornó en el instante mismo de su concepcion con todos los dones de la gracia y de la naturaleza que pueden concederse á un simple mortal. Al nacer, Dios la recibe en sus brazos y no quiere que conozca otro Padre que á El. Mucho tiempo ántes de la edad en que otros niños se ven alumbrados por las luces de la razon, Ella oye

una voz grata y persuasiva que la dice en el fondo de su Corazon: «Escucha, Hija mia, tú, á quien yo he elegido entre todas las criaturas para darte un nombre, escucha y entérate de cuales son mis designios respecto de tí: olvida tu pátria, tu pueblo, tu casa paterna y á los autores de tus dias. Tu rey, tu Dios, á quien el universo adora, está prendado de tu hermosura, y pide tu Corazon. Dócil á esta tierna invitacion, María deja las afecciones de su familia, hácese superior á los sentimientos de la naturaleza; y en la edad en que las demás jóvenes solo se ocupan en entretenimientos y diversiones, ya se ha encerrado María en el Templo. Allí, clavada al pié de los altares por su amor filial, ya no tiene relaciones sinó con el Cielo, y ni se ocupa sinó en agradar á su Padre.

Allí, en su Corazon virginal, se celebran las bodas inefables de la Esposa con el Espíritu Santo. La joven prometida está dispuesta; está adornada con la pureza primitiva y virginal, engalanada con la castidad, con la humildad, con el amor, con la reunion, en fin, de todas las virtudes que forman su nupcial vestidura. Y pronto el Espíritu Santo descende á Ella, y viene á cumplir el prodigio esperado durante cuarenta siglos, el misterio incomprendible á los mismos ángeles; se une con Ella de una manera inusitada, y la dá un título y derechos que no parecía posible pudiera pretender jamás criatura alguna. La Majestad divina la revistió por todos lados, y la virtud del Altísimo la cubrió con su sombra. Ya ántes la había visitado mil veces con su gracia, como visita á todas las almas piadosas y dóciles; pero esta vez vino á visitarla de un modo nuevo y extraordinario. La llena, por decirlo así, con su plenitud; fecunda por medio de un prodigio inaudito su casto seno, y la hace producir el sagrado fruto anunciado desde el origen del mundo.

Comprended, pues, si podeis, hermanos míos, que afluencia de gracias recibiría el Santísimo Corazon de María en sus íntimas comunicaciones, en sus relaciones con la Divinidad... ¡Cuánto no debieron divinizarse sus pensamientos y sentimientos durante los nueve meses que el Verbo Eterno estuvo en su seno virginal! ¡Qué fuego no debió encender ese Sol encerrado allí por tanto tiempo, y que no dejaba salir un solo rayo al exterior! ¡Qué emociones no debió experimentar despues aquel Corazon, cuando la bienaventurada Madre llevaba en brazos al divino Niño, estrechado contra su propio seno, cuya leche mamaba ávidamente, y en la que no dejaba al mismo tiempo de derramar un néctar más dulce y más puro! ¡Y de qué santidad no se llenó ese Corazon durante los treinta años de rela-

ciones no interrumpidas, de comunicaciones, de expansiones mútuas y diarias entre el Hijo y la Madre! En fin, para decirlo todo en una palabra, ¡qué debió ser ese Corazon, cuyos sentimientos respondieron á la sublimidad de aquellas incomprendibles relaciones con las tres Personas divinas, y fueron dignas en todo de la Hija, de la Esposa y de la Madre de un Dios!

No cabe duda, que cuanto hasta ahora he dicho del Santísimo Corazon de María, sería más que suficiente para que la consideráramos acreedora á nuestro culto y á nuestros afectos: pero lo que sobre todo debe hacérnosla querida y venerable es, el ardiente amor que nos profesa. Este amor excede tanto á todo amor conocido, cuanto la dignidad de esta admirable Virgen aventaja á todo lo grande que en la tierra conocemos. No es solamente un amor tierno, ardiente, generoso, heróico; es mucho más; es un amor excesivo, que no tiene semejanza y que traspassa todos los limites. Veamos la prueba. Cuando el Espíritu Santo quiere hacernos comprender, hasta donde puede alcanzarlo la inteligencia finita, el amor inmenso, infinito, del Padre Eterno á los hombres, no halla expresiones más eficaces y convincentes que éstas: «Dios ha amado de tal modo al mundo, que ha entregado su Hijo único por salvarle.» Esto es lo que el grande Apóstol llama el exceso de la caridad de Dios para con los hombres. Pues bien, véase asimismo lo que puede darnos más alta idea del amor del Santísimo Corazon de María para con nosotros. Tambien Ella tenia un Hijo, un Hijo único, un Hijo á quien amaba como jamás madre alguna amó al suyo; un Hijo que era su tesoro, su vida, por quien hubiera sacrificado mil vidas si las tuviera. ¡Ahora bien! Este Hijo querido, este Hijo incomparable, lo ofrece por nuestra salvacion, sacrificando ese admirable fruto de sus entrañas á la redencion del mundo. Por lo tanto, María se asoció al amor sin limites del Padre celestial, con la diferencia, de que este gran sacrificio no podía producir dolor alguno al Padre Eterno, que es esencialmente impassible, mientras que los costó tan amargos, tan profundos, á la Madre más tierna y sensible, que jamás hallaremos expresiones para dar una idea siquiera del martirio que sufrió; martirio que no comenzó en el Calvario, sinó en el momento mismo en que recibió la visita del arcángel. Desde entónces ya no hubo para Ella alegría, y, seguramente, no podía haberla. En todo el tiempo que llevó al Niño Dios en sus brazos, que le amamantó con su leche, que le vió crecer á sus ojos, no dejó de tener presente el desgarrador pensamiento de que crecía para el sacrificio.

Empero, principalmente en el Calvario nos atestiguó su amor el Corazon de María. ¡Qué lúgubre y doloroso espectáculo se presenta allí á nuestra vista! Jesús es condenado á una muerte dolorosa é infamante; magullado ya y medio destrozado por los azotes, agobiado de fatiga y por los malos tratamientos que ha sufrido, agotada su sangre y aniquiladas sus fuerzas, cargado con una pesada cruz, bajo la cual sucumbe, más que conducido es arrastrado al lugar del suplicio. Las piadosas mujeres, que saben su inocencia y le ven reducido á tan horrible extremo, no pueden reprimir sus gemidos y pueblan el aire con llorosos lamentos. ¿Dónde está la Madre? ¿Ha quedado moribunda y desconsolada en su morada? Nó; la terna de su Corazon para con nosotros exige de Ella que tenga valor, y lo tendrá. Ella está junto á la augusta víctima, ve que desnudan á su Hijo, le tienden inhumanamente sobre el fatal madero, hunden con redoblados golpes los clavos que le traspasan piés y manos; ve correr su sangre por todas partes, oye sus sollozos y suspiros por entre los gritos de rabia y las injurias de sus bárbaros enemigos; pero sabe que nuestra salvacion depende de sus dolores, y calla. Sin duda que sufre horriblemente. Apelo al testimonio de las madres que me escuchan, únicas que pueden comprender lo que sufre una madre al ver asesinar á un hijo único. Este dolor es un peso horrible que gravita en su pecho, que le oprime, y tan vivamente, que ni siquiera la deja sollozar. Pero María está obligada á ofrecer con el Padre Eterno su Hijo por los pecados del mundo, y por esto se hace superior á todas las agonias. No asiste de lejos, como las santas mujeres y los tímidos amigos del Salvador, á un espectáculo tan desgarrador para Ella: se encuentra al pié de la Cruz, en medio de los repugnantes aparatos del suplicio, entre los verdugos y los soldados, tan inmediata á su Hijo moribundo, que no podía ocultársele ninguno de sus sufrimientos. Mirad hasta donde ha amado el Corazon de María; mirad donde ha venido á convertirse en Madre nuestra; mirad el solemne momento en que nos ha dado á luz en el exceso del dolor más inconcebible, cumpliendo en toda su extension la prediccion hecha á la primera mujer: *In dolore paries*. La hemos costado caros, y por esto nos ama mucho. Desde este momento, María es verdaderamente Madre nuestra, porque nos ha dado á luz, y porque Jesucristo nos ha dado á Ella como á hijos en la persona de San Juan. Y como tiene en el Cielo una omnipotencia de súplica, segun la noble expresion de un doctor; como conoce nuestras miserias; como nos compadece y

tiene medios para aliviarnos, todo eso debe hacernos querido y venerable su Santísimo Corazon.

¿Qué nos resta, pues, que hacer, cristianos, sinó prosternarnos con confianza ante el Santísimo Corazon de María para pedirle todas las gracias que necesitamos? Si, venid todos á María; venid, justos de la tierra, y su pureza será vuestro modelo, y su bondad será el más firme apoyo de vuestra confianza; venid, pecadores, y aquí hallareis vuestro refugio, vuestra abogada, vuestra poderosa mediadora con Dios. Confíad en ese Corazon, quienes quiera que seais; es el más tierno, más cariñoso y más compasivo de todos; os amará, no lo dudeis; hará vuestra alegría en la tierra, y os preparará la bienaventuranza eterna. Amen.